

SUPLEMENTO SEMANAL DE LA HORA, IDEA ORIGINAL DE ROSAURO CARMÍN Q.

CULTURAL

GUATEMALA, 2 DE OCTUBRE DE 2020

A portrait of Max Araujo, an older man with grey hair and a mustache, wearing a grey suit, a blue and white striped shirt, and a gold tie. He is looking slightly to the left and speaking into a large, black, professional studio microphone. The background is a dark, out-of-focus studio setting.

De mis memorias
MAX ARAUJO
habla sobre William Lemus

PRESENTACIÓN

El esfuerzo de Max Araujo de recuperación de los movimientos literarios, expresado a través de la memoria de sus protagonistas en Guatemala, es de un valor incalculable. La información compartida que refleja el carácter de los escritores, sus pasiones, preocupaciones y afanes humanos, junto al reconocimiento de sus relatos, dejan constancia de la actividad literaria del pasado reciente cultural en nuestro país. En Max encontramos información de primera mano que, para ser justos, no se reduce al ámbito literario, sino al arte en general. De esa cuenta, aparecen en sus relatos, pintores, escultores, gestores culturales, libreros, embajadores... hasta los propietarios de los antros visitados por los artistas. Todo ello ofrece una especie Zeitgeist útil para interpretar las ideas materializadas en esas obras. Otro texto importante en la edición es el de Raúl Fornet-Betancourt, titulado, “¿Qué quedaría si nos quitásemos las máscaras? Ruinas... y esperanzas”. El filósofo propone una ética que, al superar el modelo de una sociedad mendaz, con sujetos enmascarados, funde una cultura alterna, auténtica y utópica. Comunidades con esperanza en la realización de una convivencia generadora de vida. El pensador lo resume así: “... Quedaría la esperanza de la resurrección de la vida en formas de vivir y de pensar que recreen los lazos rotos con ‘el cielo y la tierra’, es decir, mediante hombres y mujeres que, asumiendo que la vida no es un fondo privado para invertir en la invención de un personaje, cultivan la vida desde la conciencia que viven porque son herederos de vida; y responsables, por tanto, de cuidar el flujo de la herencia perfeccionando la convivencia”. Para finalizar, queremos compartir la alegría por el premio otorgado a uno de nuestros colaboradores, Giovany Emanuel Coxolcá Tohom. El poeta ha sido reconocido con el Premio de Poesía Editorial Praxis 2020. Desde nuestra edición, lo felicitamos y lo animamos a continuar su obra con una nueva vitalidad. ¡Enhorabuena, poeta!

CULTURAL

ES UNA PUBLICACIÓN DE:

La Hora Fundado en 1920

DIRECTOR GENERAL:
OSCAR CLEMENTE MARROQUÍN

DIRECTOR:
PEDRO PABLO MARROQUÍN P.

EDITOR DE SUPLEMENTO:
EDUARDO BLANDÓN
ejblandon@lahora.com.gt

DIAGRAMACIÓN:
ALEJANDRO RAMÍREZ

DE MIS MEMORIAS, MAX ARAUJO HABLA SOBRE WILLIAM LEMUS

PRIMERA PARTE

MAX ARAUJO
Escritor

El escritor, médico de otros escritores

Al finalizar un acto académico, a inicio de los años ochenta del siglo pasado, que se realizó en el salón de actos la antigua, y querida, sede de la Alianza Francesa de Guatemala, que se encontraba en la cuarta avenida del Centro Histórico de la ciudad de Guatemala, iniciamos con William Lemus una conversación. Coincidimos en nuestros gustos por la literatura y en que nuestros orígenes eran provincianos, con lo que eso significa para la adaptación a las costumbres urbanas. En mi caso, originario de una aldea de San Raimundo, vecino desde los cinco años en la ciudad de Guatemala, y él de Monjas, Jalapa, aunque había residido de adolescente en La Antigua Guatemala, en una casa de huéspedes.

Emigramos con costumbres ajenas al medio social en el que nos encontrábamos. En la ciudad colonial, en el mismo establecimiento escolar, donde estudió, compartió con el escritor Luis Eduardo Rivera, quien años después, en un viaje que hizo por algunos países de Europa, lo hospedó en París, por unos pocos días, en el diminuto apartamento, que este guatemalteco-parisino describe en su novela “Velador de noche, soñador de día”. Con ocasión de nuestro encuentro, ya narrado antes, lo presenté a otros amigos que se encontraban en el lugar, entre ellos a Carlos René García Escobar. Terminamos esa jornada, con él y con Carlos, en el restaurante “El Gran Pavo” que se encontraba en la trece calle de la zona 1. Fue el preludio para la bohemia que nos unió durante los siguientes años.

Hasta ese día yo no lo conocía personalmente a pesar que en uno de los Juegos Florales de Quezaltenango yo le había dado, con los otros miembros de un jurado, -entre quienes estuvo Rafael Zea Ruano, uno de mis queridos mentores en la Mariano Gálvez-, un segundo lugar en uno de los certámenes de cuento, de finales de los años setenta. Inmediatamente nació entre nosotros una simpatía mutua, que nos llevó a una entrañable amistad. Él no había sufrido aún la arteriosclerosis que lo tuvo unos meses en las fronteras de la muerte. Decidido a vivir descubrió una medicina que lo mantuvo con vida hasta cuando el decidió morir, lo que sucedió en el 2008. De su deseo de morir me lo expresó Max Marroquín, su médico de cabecera. “Bloqueó la medicina” me



William Lemus

indicó. Lloré con su muerte.

Meses antes me solicitó que hiciera su testamento, yo me negué, me amenazó entonces con buscar otro notario. Tuve que acceder. Cuando me avisaron que estaba internado, en un hospital de la zona quince, lo fui a ver. No pude conversar con él, estaba sedado, en sus labios tenía una sonrisa, se notaba una paz impresionante. No despertó más. El título de una de sus obras “El hombre que curaba la muerte” no es casual. Cuando le conocí era catedrático en la Facultad de Medicina de la Universidad de San Carlos, de la que se había recibido en 1976. Era además un padre soltero con una hija a su cargo. Vivía con sus papás en la misma casa, en la colonia El Carmen, zona 12, a pocas cuadras de su alma máter.

Ejercía la profesión de médico y cirujano en su clínica privada, situada en la Avenida Bolívar, por la veinticuatro calle, y en distintos hospitales. Presumía de una barba con mechones blancos, que fue parte hasta su final, de su personalidad. En esa primera época fue delgado, y un deportista que participaba en carreras de ciclismo, organizadas para veteranos. Siempre se caracterizó por su carácter simpático, alegre, bromista. Cuando nos conocimos yo salía a caminar por las mañanas, por las cercanías de mi vivienda, y lo veía a él en ocasiones transitar con su bicicleta por el anillo periférico. Teníamos la misma edad. En ese entonces yo vivía en mi añorada colonia Quinta Samayoa, zona 7. Nos

saludábamos en esos ejercicios matutinos, cuando coincidíamos, agitando nuestras manos.

Me contó en nuestra primera conversación que desde hacía algún tiempo participaba en concursos de literatura, en todos los certámenes posibles: en poesía, cuento o novela. Después de algunos meses, de cuando le conocí, desapareció y reapareció casi al año y medio. Su rostro había engordado, al igual que el resto de su cuerpo, caminaba con dificultad, auxiliándose de un andador. Nos enteramos entonces que había estado muy enfermo. Años después me contó que fue desahuciado por sus colegas, quienes le dieron pocos meses de vida. Fue entonces que tomó la decisión de seguir viviendo y comenzó a auto medicarse. Nunca más montó una bicicleta. Se compró un vehículo descapotable -apropiado para su personalidad-, de una serie que imitó vehículos de los años treinta. Era un espectáculo verlo cuando lo conducía.

Con su pos-enfermedad surgió en él un ser esplendoroso, con una bondad impresionante y con una calidad humana extraordinaria. Sin egoísmos, solidario, generoso. Dejó el ejercicio lucrativo de su profesión, ya que sus ingresos económicos provenían de una finca familiar, ubicada en la Costa Sur, que arrendaron en su totalidad a un ingenio para la siembra de caña. El dinero que recibía cada año era suficiente para sus gustos y necesidades, y las de sus papás. Comenzó a vivir su vida

como quiso, haciendo bohemia, participando en actividades culturales, en reuniones de familia a las que se le invitaba, a visitar a sus amigos a sus casas para saludarlos o para vigilar su salud. Sus juicios médicos eran acertados. Sus curaciones igual. No aconsejaba intervenciones quirúrgicas, salvo casos especiales, y combinaba la medicina científica con medicina alternativa.

Su clínica, en su propia casa, se convirtió en el estudio de un escritor, con sus anaqueles con libros de literatura, en el que recibía en consulta médica a amigos, escritores, y a personas que por alguna razón alguien le refería. A veces lo hacía por teléfono. Atendía a pocos pacientes porque se agotaba físicamente. En las consultas conversaba de otros temas. En cada ocasión usaba su computadora personal para llevar los registros respectivos y para extender sus recetas. Generalmente no cobraba. “Literalmente regalaba sus conocimientos”. Practicaba acupuntura y tenía conocimientos de vudú. De escritores atendió, entre otros, a Mario Monteforte Toledo, Tasso Hadjidoduo, Luis Enrique Sam Colop, Humberto Ak’abal, Enrique Noriega. Recuerdo de una embajadora de México, que cuando se fue de Guatemala, le hacía llamadas a larga distancia para sus tratamientos.

La confianza y la fe que le teníamos eran ilimitadas. En mi caso, para reafirmar ese hecho, cuento lo que me sucedió. Era el año 1996, época en la que, con escritores, artistas e intelectuales, nos reuníamos a medio día, en días laborales, en el restaurante El Establo, de las que William era asiduo, cuando, sin darme cuenta, una depresión, no demasiado severa, llegó a mi vida. De repente todo dejó de tener sentido, comencé a comer mal, me alejé de reuniones, iba a mi oficina profesional por ratos y a dar clases -un curso-, a la Universidad Francisco Marroquín con desgano. Tenía temor a la oscuridad, a la noche, a los amigos y amigas. Fue en ese momento cuando por consejo de mi madre, de ochenta años de edad, quien estaba preocupada por cómo me sentía, ya que incluso me pasé a dormir a su habitación, fui a consultar a William, ya que ella le tenía confianza y especial cariño.

Llegué entonces a su clínica, una y otra vez, durante casi tres meses, manejando con precaución mi vehículo. En cada ocasión me escuchaba, y me aconsejaba con paciencia y cariño. Yo me acostaba en una camilla, él me hacía los controles de presión y de corazón. A veces yo lloraba, o me quedaba en silencio. Su presencia me confortaba, me daba calma, seguridad. Poco a poco, con su ayuda y el prozac que me recetó, comencé a salir del pozo oscuro en el que me encontraba. Su diagnóstico fue que la depresión fue consecuencia de una descomposición metabólica por una dieta mal llevada, sin control de un especialista. Cuando ya casi estaba curado, por su consejo, me atreví a viajar a Alemania, -pagando mi pasaje, con una delegación de la asociación Módulos de Esperanza, con personas residentes en la colonia El Amparo, zona 7, ciudad de Guatemala-bajo la dirección del Padre Ramón Adán Stürze, para una celebración de aniversario del Padre José König, de la Parroquia Cristo Rey de Frankfurt, hermanada con la parroquia San Juan de la Cruz, de la mencionada colonia.

En ese viaje visité también París y Madrid; ciudades en las que fui atendido por amigos. En Francia por el crítico literario Efer Arocha, director de la revista literaria, bilingüe en francés y español “Vericuetos-Chemins Scabreux”, quien, después de un ametrallamiento en su natal Colombia, herido y con daños irreversibles en sus brazos, tuvo que

exiliarse en Francia. Él trabajaba con sus padres -quienes murieron en el mismo hecho-, en una pastoral social de la Iglesia Católica. En España, mi anfitrión fue Ángel Pariente, escritor español, quien años antes había residido en Guatemala, primero como voluntario en la obra social de la asociación Módulos de Esperanza, y después como profesor en los colegios Príncipe de Asturias y Valle Verde. Ambos me recibieron en sus casas. Con ellos me he reunido en otras ocasiones en esos países y nos mantenemos todavía en contacto. Fue en ese viaje que dejé de tomar prozac. A mi regreso ya estaba curado. Mi vida se llenó otra vez de color y alegría.

De anécdotas de William tengo muchas que contar. En broma yo le decía que como amigo era insoportable pero que como médico uno de los profesionales más serios que conocía. En su clínica, en los momentos de los tratamientos, las bromas desaparecían. Pasada la consulta reaparecía el eterno bromista, el iconoclasta, usando una de sus palabras favoritas “profesorrr”, que pronunciaba con una entonación especial. Una de las bromas que me hizo fue el decirme, cuando regresé, en 1984, de mi segundo viaje por España, el primero a Roma, y el único a Israel, que mientras yo no estaba él había atendido a quien todavía no era mi novia, lo que casi provocó que ya casi no continuáramos con el cortejo mutuo con la chica en mención. Aclarada la situación surgió un noviazgo que duró dos años.

Otra broma que me hizo fue cuando en la serie de entrevistas que hice a escritores guatemaltecos, como parte de mi columna, de varios años, que con el título de “El ojo de Max Araujo”, publiqué en parte de las décadas de los ochenta y noventa, del siglo pasado, en el suplemento cultural de La Hora; en la entrevista dedicada a él consiguió que Alfonso Enrique Barrientos, encargado de dicho suplemento, pusiera una caricatura que el propio entrevistado hizo de mí, en la que, en homenaje a mi gordura, me puso en el estómago un ojo, imitando al que encabezaba mis textos. El ojo que aparecía para mis columnas fue tomado de la serie “los ojos”, de Rodolfo Abularach. Cuando le conté esta anécdota a Rodolfo, en una de las reuniones que, en los noventa, con otros amigos celebramos bajo la tutela de Monteforte, me dijo “Típico de William vos”, con una sonrisa.

Como escritor, Lemus, ganó el primer lugar en

muchos de los certámenes en los que participó. Se podría hacer una geografía de su paso triunfal por distintos municipios del país, pero lo más destacado se dio en los juegos florales de Quetzaltenango, en los que ganó en cuento, en poesía y en teatro en varias ocasiones, por lo que fue honrado con reconocimientos que le impidieron seguir concursando, pero que son consagatorios, entre ellos el de “Maestre del Teatro”. Cuando obtuvo el primer lugar, 1984, en el Certamen Centroamericano y de Panamá “Froylán Turcios”, de Honduras, decidió publicar por su cuenta la novela ganadora “Vida de un pueblo muerto”, por lo que me solicitó usar el sello de la editorial Nueva Narrativa. El hizo la edición y cuando apareció la publicación le indiqué que no me parecía la ilustración de la portada, hecha por él, en la que en las paredes laterales de un sencillo y abandonado templo católico dibujó unos exagerados órganos genitales, masculino y femenino, por lo que me expresó que era mi moral católica, pero meses después mandó a hacer un cintillo, que colocó sobre esos órganos genitales, con el texto de “Premio Iberoamericano de Escritores y Poetas de Nueva York”. Lo hizo porque una de sus amigas comenzó a promover la venta del libro en colegios, y lo primero que le objetaron fue el dibujo de la portada.

Otra anécdota que recuerdo es que siendo encargado de cultura en una de las administraciones municipales de la ciudad de Guatemala fue invitado por la Embajada de Estados Unidos a hacer una gira por varias ciudades de ese país. Cuando regresó se encontró con que ya no tenía el trabajo. Entre otros hechos destacados de William están el que como promotor cultural mantuvo durante los años noventa un excelente programa de radio en la TGW, en la que entrevistaba a escritores, sobre temas diversos. Guardo como un tesoro personal una fotografía en la que, en una de esas ocasiones, cuando fui invitado, coincidimos con Marco Augusto Quiroa. Se nos tomó una foto en la que yo estoy personificando con él un dueto musical para un supuesto programa musical, de los habituales en esa época. Yo toco una guitarra y Maco canta. Uno de los tradicionales micrófonos, de esa radiodifusora, ya en desuso, es parte fundamental de la fotografía. Tiene un logo que identificaba a la radio. Lo gracioso es que yo no sé tocar guitarra, y Quiroa no cantaba.



Max Araujo

¿QUÉ QUEDARÍA SI NOS QUITÁSEMOS LAS MÁSCARAS? RUINAS... Y ESPERANZAS

RAÚL FORNET-BETANCOURT

Escuela Internacional de Filosofía Intercultural. Aachen/Barcelona.

*A la memoria de Ernesto
Martín Fusté SJ*

En el artículo “¿Cautivos de las sombras?”, publicado en este mismo medio, hablaba de nuestra civilización hegemónica en el sentido de una gigantesca fábrica multinacional de máscaras que con miles y siempre renovadas estrategias nos incita y muchas veces –como muestra ya el hecho del continuo aumento de las ganancias de los que impulsa esta civilización– también nos convence de que hacemos bien convirtiéndonos en agentes de realidad y vida enmascarada. Y ante esta situación planteaba la pavorosa pregunta de si el hombre actual quiere realmente liberarse de las máscaras que lo forman y a las que conforma su manera de ser, pensar y vivir.

Ahora, en el presente artículo, quiero volver sobre esta pregunta; pregunta que he llamado pavorosa porque la entiendo como el inicio de un camino al final del cual no nos encontraremos ni con la estación “Angustia” (pensemos en las antropologías existencialistas, por ejemplo) ni con la estación “Miedo a la libertad” (Erich Fromm), sino con la estación “Vergüenza”, en la que se nos invitaría a obtener un boleto de “avergonzados” para iniciar otro viaje, que no sería de “vuelta” sino de “salida” en una dirección opuesta a la trazada por la historia de los enmascarados. Es, dicho menos metafóricamente, la pregunta cuya respuesta nos puede golpear con el pavor que produciría la certeza de que hemos errado el camino de lo humano. Es, dicho todavía de otro modo, acaso más coloquial, la pregunta de si queremos realmente, como personas y sociedades, quitarnos la careta; y, en el sentido en que el Diccionario de la Lengua de la Real Academia Española define este giro, “darnos a conocer tal como somos moralmente, descubriendo los propósitos, sentimientos, etc., que procuramos ocultar”. Y antes de seguir me permito intercalar lo siguiente:

El camino que se inicia con esta pregunta es decisivo y fundamental para aprender a fundar la vida individual y la convivencia social sobre bases nuevas, esto es, sobre esperanzas nuevas que nos conforten para comenzar con cambios que realmente cambien el rumbo de



la vida. Pues considero que solamente hombres y mujeres que sepan quienes son o, dicho con mayor exactitud, hombres y mujeres que sepan cómo han llegado a ser el “personaje” que representan y porqué han confundido la existencia con darse un “papel”, podrán abrirse a esa sabiduría de vida que permite no sólo percatarse de que se ha errado el camino, sino también leer las faltas como indicaciones de lo que verdaderamente falta y sentir así, desde dentro mismo de la historia errada, la necesidad de cambios profundos, entendiendo por éstos no esos cambios que aceleran y diversifican las ofertas del sistema sin cambiar sus bases ni horizonte, sino aquellos cambios que realmente cambian “las cosas” porque responden a las exigencias reconocidas como alternativas en nuestra propia historia de humanos necesitados o faltos de humanidad. Pero vuelvo a la pregunta y su camino.

La pregunta quiere encaminarnos por la senda de un “examen de conciencia” o, si se prefiere un lenguaje más

secular, por la senda de un análisis crítico del hombre contemporáneo y sus sociedades. Y ello con el fin, ciertamente, de aclarar la confusión e incertidumbre que generan las máscaras personales y las fachadas institucionales en que nos movemos. Esta tarea, digo, es certera, pues tenía razón Spinoza al sentenciar que los hombres padecen y yerran el sentido de su vida porque no tienen ideas adecuadas de lo que son. Pero al mismo tiempo debo subrayar que, como se insinuaba por lo adelantado arriba, la senda del “examen de conciencia”, debe ser también, y en lo decisivo, el camino en cuyo curso la luz intelectual liberadora de la confusión de las caretas renace en el corazón como la fuerza vital que nos “tira” a *sentir* que no debemos *consentir* con “la máscara y vicio del corredor de mi hotel”, para expresarlo con un conocido verso de José Martí.

Así, al filo del recorrido de esta pregunta, el aprendizaje intelectual por el que nos vamos “curando de la insensatez” de no reconocer lo

verdadero y auténtico (Platón) se prolonga y encarna en un ejercicio de nuevas acciones para regenerar la vida y la convivencia humanas.

Pero ¿qué quedaría, pues, si realmente damos ese paso *práctico* y nos quitamos la careta como individuos y sociedades?

Mirando hacia atrás, quedaría sin duda en primer plano el desconsolador panorama de un teatro en ruinas, habitado por personajes errantes e irreconocibles por la pérdida de sus máscaras. Pero, por la memoria de bondad que también nos constituye, aunque no haya sido el caso tratarla aquí, quedarían también las tantas estrellas de las “vidas ejemplares” y “alternativas utópicas” que desde siempre han exhortado y exhortan a que vivamos atentos al auténtico sentido para no fallar el rumbo de la realización de lo humano.

Y mirando hacia adelante, hacia ese horizonte de las estrellas que han evitado el naufragio total de lo humano, quedaría la esperanza de la resurrección de la vida en formas de vivir y de pensar que recreen los lazos rotos con “el cielo y la tierra”, es decir, mediante hombres y mujeres que, asumiendo que la vida no es un fondo privado para invertir en la invención de un personaje, cultivan la vida desde la conciencia que viven porque son *herederos* de vida; y responsables, por tanto, de cuidar el flujo de la herencia perfeccionando la convivencia.

Con todo me asalta, sin embargo, la pregunta de si este “examen de conciencia” que, a fin de cuentas, debería llevarnos al reencuentro y diálogo con las estrellas en nuestra memoria de humanidad, no exigiría todavía como condición preparatoria el fomento del silencio y la soledad, tanto en el alma humana como en el curso del mundo. Y me asalta también la pregunta de si, en las condiciones estructurales dadas y ante las dificultades reales que tiene tanta gente para satisfacer sus necesidades más básicas, la exhortación ética a ser verdaderos y veraces que resume el giro del “quitarse la careta” no representa una imprudencia.

Ambas son cuestiones graves que requiere tratamiento aparte y como tales se dejan aquí apuntadas como temas de posibles consideraciones futuras.



CUENTO
EL ENCUENTRO

VICENTE VÁSQUEZ BONILLA “CHENTE”
Escritor

Claudio camina por el parque y en una de las bancas ve a una bella señorita que lee un libro. Al pasar cerca de ella, la mira y se sorprende; su rostro le parece conocido. ¡No puede ser! —se dice—. Las facciones que están impresas en su memoria pertenecen a un pasado remoto, a un pretérito de más de veinte años y la joven aparenta, precisamente, veinte años.

Fascinado por el parecido, se sienta en la misma banca, abre su periódico y simula leer, pero sus miradas furtivas reposan en ella, quien sin darse por enterada continúa sumergida en la lectura.

Debido al asombroso parecido que tiene con la persona que recuerda, se anima y le habla.

—Disculpe, señorita. Por casualidad, ¿su nombre, es Amalfi?

La chica lo vuelve a ver y a su vez lo interroga.

—¿Acaso nos conocemos?

—No. Pero se parece a una persona que conocí años atrás y que llevaba ese nombre.

—Posiblemente se refiera a mi madre. Ella me heredó su nombre.

Y también su rostro, se dice Claudio y se queda callado, pensativo, como hurgando en sus recuerdos.

—Entonces usted tiene veinte años y nació un 14 de Mayo.

—Así es, ¿cómo lo sabe?

—Me disculpa un momento, voy a llamar a mi hijo y le contaré.

Claudio se levanta y parte a buscar a su retoño y Amalfi intrigada, se queda viendo como el desconocido camina entre los arriates y observa a su alrededor.

**

Caminas por los senderos del parque en busca de Rodrigo, tu hijo; mientras tanto de tu mente van brotando los recuerdos.

Hace veinte años nació tu primogénito y corriste a verlo por primera vez a través del vidrio que separaba a la sala cuna, del pasillo en donde los padres iban a conocer a sus hijos recién nacidos. Allí estuviste tú, contemplando a tu bebé, quién dormía apaciblemente. Embelesado como estabas, a tu alrededor el mundo había desaparecido, sólo existían el niño y tú. De repente, una voz te sacó de tu ensimismamiento.

—Profesor, qué gusto encontrarle. ¿Qué hace aquí?

Volviste a ver. Era tu ex vecino, a quién no habías visto en los últimos seis o siete meses y con una sonrisa de satisfacción le contestaste.

—Conociendo a mi hijo, es el de la cuna número cinco. ¿Y usted?

Viste cómo tu ex vecino hinchaba el pecho y con orgullo te respondió.

—Yo también vengo a ver a mi hija, es la de la cuna vecina, la número seis.

—Qué casualidad —le contestaste—, ambos tenemos hijos del mismo día.

—Sí, feliz coincidencia. Tenemos que celebrarlo.

—¡Ya lo creo! ¿Y cómo está doña Amalfi? —le preguntaste—, ¿todo salió bien?

—Sí, gracias a Dios. ¿Y su esposa?

—Bien, fue un parto normal.

Ambos, él y tú, callaron y se entregaron a la contemplación de sus respectivos hijos

*

Encuentro a Rodrigo frente a una estatua, comiendo

un helado.

—Rodrigo, ven —le digo.

Llega a mi lado y me pregunta.

—Papi, ¿quieres un helado?

—No, gracias —le respondo—, deseo presentarte a alguien.

Llegamos al lugar en donde está la joven, quién nos recibe con una sonrisa y supongo que con curiosidad se preguntará. ¿Quiénes serán estos desconocidos?

—Señorita Amalfi —le digo—, éste es mi hijo, Rodrigo nació el mismo día que usted, en el mismo hospital y fue su vecino de cuna.

—Mucho gusto. Yo soy Amalfi. Ahora sé por qué su papá conoce mi edad y el día de mi nacimiento. Lo que no me explico, es ¿cómo me reconoció?

—Fue fácil, es el vivo retrato de su madre.

El saludo de los dos jóvenes es cordial y de beso en las mejías. Creo que ambos se caen bien. Yo los veo charlar, como si fueran viejos conocidos. Se olvidan de mi presencia, me dejan al margen y opto por entregarme de manera alterna a hojear el periódico y a revivir recuerdos.

Después de, quizás, una hora, observo que la charla es muy animada, las bromas, las sonrisas y los gestos corresponden a la de dos personas que ponen en juego todos sus encantos para agradarse mutuamente. Temiendo, por experiencia, que ese momento mágico pudiera conducir a un enamoramiento, intervengo.

—Rodrigo, nos tenemos que ir. Acabo de recordar que tengo un compromiso ineludible, no me puedo demorar más.

Con pesar, vi cómo se despedían ambos chicos, estaban pasando un rato agradable, no se hubieran querido separar y seguir conociéndose.

Sin embargo, me llevo a Rodrigo, quien luce contrariado. Lo siento y lo comprendo, yo también fui joven, pero no puedo decirle aún, que Amalfi es su hermana.

CENTENARIO DEL INOLVIDABLE Y MUY LEÍDO POR MUCHOS

DENNIS ORLANDO ESCOBAR GALICIA
Periodista

El poeta, escritor, dramaturgo, ensayista y periodista, afamado por un vario pinto público –incluso por tios y troyanos – nació hace cien años en Uruguay (14 de septiembre de 1920), país de Latinoamérica que se conoce por la cantidad de hábiles futbolistas tomando en cuenta su número de habitantes, y -de repente- por Eduardo Galeano, el autor de Las venas abiertas de América Latina y por su ex presidente José Mujica que vivía modestamente manejando su Vochito. Bueno... también ahora se habla de ese paisito porque es de los menos afectados por el COVID-19. La centuria del nacimiento del insinuado al inicio, Mario Orlando Hardy Hamlet Brenno Benedetti Farrugia, me motiva a escribir estos caviles.



Recuerdo que en mi época del cuarto año de magisterio –en la Gloriosa Escuela Normal Central para Varones, orgullosamente– los compañeros próximos a graduarse me saludaban y recurrentemente me preguntaban si ya había leído lo último de Bene. ¡Claro que sí! –les contestaba inmediatamente– A decir verdad, eran babosadas, pues yo ni sabía quién era ese tal Bene. Me inquirían porque de vez en cuando hacía de declamador de poemas cursis dedicados al 15 de septiembre. Pero como era en la Gloriosa me vi obligado a indagar y entrarle a la lectura de ese fulano.

Primero leí algunos poemas porque también eran musicalizados en casetes; cantados por Juan Manuel Serrat, Alfredo Zitarrosa, Mercedes Sosa, Nacha Guevara... ¡Quedé impresionado! Pero asimismo motivado porque me gustaron y los entendí por ser muy llanos. Hasta pensé que yo también lograría ser poeta, creyendo que escribir sencillo es fácil. Desgraciadamente en lugar de seguir con ese «rollo» vino la otra etapa de mi adolescencia: cambiar el mundo por otros medios y dejar por un lado lo literario. «Ser joven y no ser revolucionario es hasta una contradicción biológica». Era la época del llamado realismo socialista. La moda era escribir «Vámonos patria a caminar, yo te acompaño» (ORC) y no «Tus manos son mi caricia/mis acordes cotidianos/te quiero porque tus manos/trabajan por la justicia/ si te quiero es porque sos/mi amor mi cómplice y todo/ y en la calle codo a codo/ somos más que dos». (MB). Después de la lectura de algunos de sus poemas –tiene muchísimos– entre ellos *Poemas de la oficina, Hagamos un trato, Semántica poética, Estado de ánimo, Te quiero, Ustedes y nosotros, Hombre que mira a su país desde el exilio, Cuando éramos niños, Informe de caricias...* vi la película *La tregua*, versión argentina (recuerdo haberla visto en el canal 5, ya desaparecido), basada en la novela del mismo nombre, nominada a los premios Óscar en 1974 como mejor película extranjera. Inmediatamente leí la novela, lo cual me sirvió nuevamente para comparar el guion cinematográfico y la novela escrita.

A decir verdad, haber visto y leído *La tregua* cuando era muy joven no me causó mayor influencia, aunque mucha congoja por su final. ¡Pero!... pero tiempo después cuando reví la película (dos versiones, una argentina -1974- y otra mexicana -2010-) y releí el libro (ahora en PDF) me

provocó tremenda reflexión. Lógico: su contenido me indujo a pensar sobre qué hacer cuando me llegara el momento de la jubilación laboral del trabajo rutinario. Hoy hasta recomiendo su lectura para quienes quieren colgar los zapatos del trabajo recurrente-remunerado y dedicar su tiempo a hacer lo que les gusta o apasiona. Pero les deseo no ocurrirles lo mismo que Martín Santomé, el protagonista de *La tregua*: una efímera felicidad.

Otro de sus libros que leí posteriormente fue *La borra del café*, publicado en 1992; es un relato biográfico escrito cronológicamente y con capítulos cortos de no más de dos páginas; contiene innumerables anécdotas sobre la infancia y la juventud de Claudio Alberto Dionisio Fermín.

No hace mucho adquirí en una librería de segunda *Quién de nosotros* (1953), primera novela de Benedetti, cuyo contenido trata de un triángulo amoroso, en que el marido pone en bandeja a su mujer en brazos del amante. Con la lectura me doy cuenta que desde sus inicios en la prosa escribió con sencillez, brevedad, estilo poético «sui generis» y tratando filosóficamente situaciones del hombre común y corriente.

En 1992 se estrenó la película *El lado oscuro del corazón*, de Eliseo Subiela. Trata de un poeta bohemio –bueno... ¿qué buen poeta no es bohemio? –que recorre Buenos Aires en busca de la mujer de sus sueños, que lo haga volar; su trama entrelaza textos de poemas de Oliverio Girondo, Juan Gelman y Mario Benedetti. Este último sale en un bar declamando *Corazón coraza*: Porque te tengo y no/porque te pienso/porque la noche está de ojos abiertos/porque la noche pasa y digo amor/porque has venido a recoger tu imagen/y eres mejor que todas tus imágenes/porque eres linda desde el pie hasta el alma (...).

La obra de Mario Benedetti es prolífica, conteniendo todos los géneros literarios, incluyendo una novela en verso publicada en 1971: *El cumpleaños de Juan Ángel*. Aún no la he leído, pero la leeré porque prefiero su obra en verso.

En estos cien años de su nacimiento –año especial que nos obliga a ser parcos en los homenajes, pero con más tiempo para la lectura– asumamos el compromiso de conocer su vasta obra (desdeñada por muchos críticos por ser popular y gustar hasta a las masas) y adentrarnos en las profundidades de su poesía y sus reflexiones filosóficas.

POESÍA

VICENTE HUIDOBRO

Vicente Huidobro, (Santiago, 1893 - Cartagena, Chile, 1948). “Crear un poema como la naturaleza crea un árbol” –dice Huidobro–. A lo que Rafael Cansinos-Assens agrega: ¿No hay en estas

palabras un anhelo de integridad, de comunión con las fuerzas plásticas del mundo, para reproducir fielmente sus obras naturales, con toda la riqueza plural de coloridos y aspectos con que lo hacían los soberbios artistas del Renacimiento? En toda

la lírica anterior, el poeta hace de la naturaleza un símbolo, se la apropia, la desfigura, le infunde su sentimiento o su ideología, la marca con la mueca de dolor o de júbilo de su semblante, la suplanta; nos promete la naturaleza, pero nos da su alma.

La poesía es un atentado celeste

Yo estoy ausente pero en el fondo de esta ausencia
Hay la espera de mí mismo
Y esta espera es otro modo de presencia
La espera de mi retorno
Yo estoy en otros objetos
Ando en viaje dando un poco de mi vida
A ciertos árboles y a ciertas piedras
Que me han esperado muchos años
Se cansaron de esperarme y se sentaron

Yo no estoy y estoy
Estoy ausente y estoy presente en estado de espera
Ellos querían mi lenguaje para expresarse
Y yo quería el de ellos para expresarlos
He aquí el equívoco el atroz equívoco

Angustioso lamentable
Me voy adentrando en estas plantas
Voy dejando mis ropas
Se me van cayendo las carnes
Y mi esqueleto se va revistiendo de cortezas
Me estoy haciendo árbol Cuántas cosas me he ido
convirtiendo en
[otras cosas...
Es doloroso y lleno de ternura

Podría dar un grito pero se espantaría la
transubstanciación
Hay que guardar silencio Esperar en silencio

Para llorar

Es para llorar que buscamos nuestros ojos
Para sostener nuestras lágrimas allá arriba
En sus sobres nutridos de nuestros fantasmas
Es para llorar que apuntamos los fusiles sobre el día
Y sobre nuestra memoria de carne
Es para llorar que apreciamos nuestros huesos y a la
muerte sentada junto a la novia
Escondemos nuestra voz de todas las noches
Porque acarreamos la desgracia
Escondemos nuestras miradas bajo las alas de las piedras
Respiramos más suavemente que el cielo en el molino
Tenemos miedo

Nuestro cuerpo cruje en el silencio
Como el esqueleto en el aniversario de su muerte
Es para llorar que buscamos palabras en el corazón
En el fondo del viento que hincha nuestro pecho
En el milagro del viento lleno de nuestras palabras

La muerte está atornillada a la vida
Los astros se alejan en el infinito y los barcos en el mar
Las voces se alejan en el aire vuelto hacia la nada
Los rostros se alejan entre los pinos de la memoria
Y cuando el vacío está vacío bajo el aspecto irreparable
El viento abre los ojos de los ciegos
Es para llorar para llorar

Nadie comprende nuestros signos y gestos de largas
raíces
Nadie comprende la paloma encerrada en nuestras
palabras
Paloma de nube y de noche
De nube en nube y de noche en noche
Esperamos en la puerta el regreso de un suspiro
Miramos ese hueco en el aire en que se mueven los que
aún no han nacido

Ese hueco en que quedaron las miradas de los ciegos
estatuarios
Es para poder llorar es para poder llorar
Porque las lágrimas deben llover sobre las mejillas de la
tarde

Es para llorar que la vida es tan corta
Es para llorar que la vida es tan larga

El alma salta de nuestro cuerpo
Bebemos en la fuente que hace ver los ojos ausentes
La noche llega con sus corderos y sus selvas intraducibles
La noche llega a paso de montaña
Sobre el piano donde el árbol brota
Con sus mercancías y sus signos amargos
Con sus misterios que quisiera enterrar en el cielo
La ciudad cae en el saco de la noche
Desvestida de gloria y de prodigios
El mar abre y cierra su puerta
Es para llorar para llorar
Porque nuestras lágrimas no deben separarse del buen
camino

Es para llorar que buscamos la cuna de la luz
Y la cabellera ardiente de la dicha
Es la noche de la nadadora que sabe transformarse en
fantasma
Es para llorar que abandonamos los campos de las
simientes
En donde el árbol viejo canta bajo la tempestad como la
estatua del mañana

Es para llorar que abrimos la mente a los climas de
impaciencia
Y que no apagamos el fuego del cerebro



Es

para llorar que la muerte es tan rápida
Es para llorar que la muerte es tan lenta

Arte poética

Que el verso sea como una llave
que abra mil puertas.
Una hoja cae; algo pasa volando;
cuanto miren los ojos creado sea,
y el alma del oyente quede temblando.

Inventa mundos nuevos y cuida tu palabra;
el adjetivo, cuando no da vida, mata.

Estamos en el ciclo de los nervios.
El músculo cuelga,
como recuerdo, en los museos;
mas no por eso tenemos menos fuerza:
el vigor verdadero
reside en la cabeza.

Por qué cantáis la rosa, ¡oh poetas!
hacedla florecer en el poema.

Sólo para nosotros
viven todas las cosas bajo el sol.

El poeta es un pequeño Dios.

Selección de textos de Gustavo Sánchez Zepeda



RECONOCIMIENTO

GIOVANY EMANUEL COXOLCÁ TOHOM GANA EN MÉXICO LA XIII EDICIÓN DEL PREMIO DE POESÍA EDITORIAL PRAXIS 2020

En la Ciudad de México, el 25 de septiembre de 2020, el jurado del concurso del Premio de Poesía Editorial Praxis 2020 declaró ganador el trabajo presentado con el nombre de Don Quijote y las memorias de Ixmukané, con el seudónimo de La Lluvia —que una vez abierta la plica resultó ser de Giovany Emanuel Coxolcá Tohom—, un libro bien logrado por la fusión de dos tradiciones culturales de una manera lúdica, reflexiva y crítica respecto de la vida contemporánea. En este trabajo se propone un eco histórico que detona un juego de referencias literarias e incluso de autoría. En él se presenta una

estética singular. Otra virtud del libro premiado es la resistencia manifiesta en el largo aliento y la continua fortaleza del resuello de la voz, así como las acertadas desescaladas del segmento corto a la pieza larga, que le permite crear un ritmo escalado y sereno.

Semblanza del escritor

Giovany Emanuel Coxolcá Tohom nació en Guatemala, en 1986.

Su padre le enseñó a reconocer las primeras letras en recortes de periódicos. Mientras aprendía a trabajar la tierra y a diferenciar la O del 0, escuchaba el ritmo

con el que su madre tramaba güipiles. A la par de este aprendizaje están las tardes junto a su abuelo paterno, al que escuchó historias de «antiguos tiempos», expresión que no olvidaría nunca.

Su educación primaria y parte de su educación diversificada transcurrió en el altiplano del país. Durante su adolescencia se trasladó a la capital del país, para continuar sus estudios, hasta ingresar a la Universidad de San Carlos de Guatemala.

La Editorial Universitaria de la USAC le publicó *Las trampas de la metáfora* (2015) y *Nuestra identidad en los pasillos de la palabra* (2017).